

zándolo con las mil y una sonrisas y satisfacciones que produce la escritura de una buena obra literaria.

Conocido en el ámbito cultural colombiano como economista, abogado, historiador, dibujante, ensayista, novelista y experto en música barroca, ahora nos entrega un delicioso libro publicado por El Ancora Editores: *Relatos de tierra fría*.

La aparición de esta obra de ficción está precedida de una considerable producción literaria, a cuya cabeza está el libro *El mesías de Handel*, que ha batido una marca editorial con sus dieciséis ediciones. Otras de sus publicaciones son: *De la inseminación artificial en política, América, una equivocación* y un texto de gran reputación académica: *Historia económica de Colombia*.

Aunque no es posible establecer normas y reglas que jerarquicen el valor y el dominio del oficio en los géneros literarios, sí es posible hacer resaltar que la escritura de un cuento requiere de un manejo y economía del lenguaje muy precisos; la creación de esa especie de *gap* que a de sorprender al lector no es favorecida con las múltiples posibilidades que tiene la novela, y su sorpresiva aparición forma parte de la habilidad con que debe contar un buen narrador. Cuando se habla de esto, aparecen más claras las razones para leer el último libro de Caballero Escobar. De su relato surgen una serie de subproductos elaborados por ese proceso de creación que se sucede después que el lector se convierte en cómplice del autor, en la elaboración de un nuevo producto que a veces logra salir del anonimato al constituirse en el proceso ilimitado de la socialización de una obra. Esos subproductos han hecho de la obra de Caballero Escobar una de las más comentadas en los círculos literarios.

Leyendo a Enrique Caballero aflora un placentero gusto literario, atribuido a la acertada utilización de la cultura del autor puesta al servicio de la unidad entre forma y contenido, que, como en el caso del primer relato, *El veraneante solitario*, sirve para crear el suspenso sobre la verdadera identidad de los personajes.

Quienes son aficionados a la historia económica y social de Colombia encontrarán en *Relatos de tierra fría* la síntesis de esa especie de faltantes que los textos convencionales sobre aspectos históricos no acogen, y que en esta obra van apareciendo en forma de vida, de cotidianidad, pero ante todo de malicia, de crítica y de humor. Lo suyo no es la utopía, ni la historia de los grandes eventos; lo suyo es la certidumbre de quien recrea el devenir de la sociedad y es testigo de que éste se repite mucho más como farsa que como tragedia. Porque al fin de cuentas, como lo anota el propio autor, "eso lo sabe cualquiera. Pero lo que se han venido olvidando —porque desgraciadamente no existe una Academia de la leyenda, complementaria de la de Historia— son esas amables crónicas que circulaban antaño por alcobas, sacristías, cuartos de costura, zaguanes y campamentos".

El conocimiento extraliterario, histórico, sociológico y económico no obra en la producción de este autor como el elemento determinante de un producto sobrecargado de contenido, sino que más bien es utilizado como materia prima para producir el deleite del discurso que le cambia de rostro al desencanto del pasado, al producir esa nueva situación referida al presente, que es el texto literario de los relatos que le dan vida a "algo que se venía olvidando".

Al leer la obra de Enrique Caballero Escobar, es imposible dejar de pensar en las características de este autor, porque de sus escritos se escapan datos que su propio discurso no puede disimular: "Yo, definitivamente soy un animal de páramo. Desde muy niño me enseñaron mis tías que sudar es un acto de mala educación", comenta uno de los personajes que dan fuerza a los relatos en mención. Tal vez esos *Relatos de tierra fría* remitan no a un espacio geográfico propiamente, sino a un espacio más simbólico que ha moldeado la elegancia estilística de Enrique Caballero: ese sabor romántico que deja la lectura de *El veraneante solitario*, *Los Bompoti* o la magnífica síntesis sobre el ocaso del mundo aristocrático y señorial, que el autor hace al introducir la voz de un narrador en *Clorinda de*

*Andalucía*, nos prueban que quien escribe, de ninguna manera es un aficionado a la contemplación estética, sino más bien alguien que en el momento actual es algo así como "un ave rara" que exhibe a través de su estilo una aristocracia del espíritu que recrea el pasado. Esta cualidad tiene un contraste en la obra del autor, y es la de hacer explotar la tradición en mil pedazos de risa y de malicia, ejerciendo así una especie de "anarquía señorial" (abusando del término) que convierte sus escritos en verdadero deleite literario.

Sería de lamentar el hecho de que los estereotipos que a veces se constituyen sobre la literatura priven a muchos lectores de divertirse con esta obra de un autor que se ha atrevido a emprender una gran aventura en esta época: ser un individuo con ideas y estilo propio.

MANUEL RESTREPO YUSTI



## Pedro, Pedro y Pedro

Los tres Pedros en la red de Inés de Hinojosa  
Temístocles Avella Mendoza,  
Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1987,  
138 págs.

"Dios nos libre, señores, cuando una mujer se determina y pierde la vergüenza y el temor a Dios, porque no

habrá maldad que no cometa, ni crueldad que no ejecute”, escribió, hacia 1638, Juan Rodríguez Freile, autor de *El carnero*, haciendo referencia a doña Inés de Hinojosa.

El tema de la crueldad femenina es tan antiguo como la literatura. Lo vemos aparecer ya en el Génesis y en el teatro griego. Recuerdo una canción de gesta de la Francia medieval, que no sin gracia proclama: “Mejor es vivir con tigre feroz que con mujer reñidora”. Pero no es ese el tipo de crueldad en la Hinojosa. Ella realiza la comparación con el áspid venenoso, con la bestia taimada e hipócrita. Maldad que se conoce en el comportamiento de las mujeres entre sí, según decir de Balzac, profundo conocedor del alma femenina.

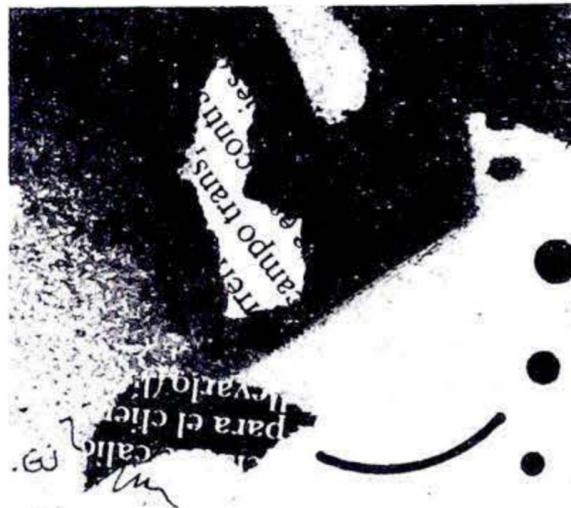
Este librito retoma la vieja protesta varonil. He creído, como cualquier desprevenido lector, que se trataba de un primer ensayo crítico acerca de la ya célebre novela de Próspero Morales Pradilla, *Los pecados de Inés de Hinojosa*. Muy por el contrario, esta novela corta data de 1864, cuando fue publicada en las páginas de *El Mosaico*. Reeditada en 1979, debe reconocerse como una de las primeras novelas colombianas, en orden cronológico. La escribió, cuando sólo contaba veintitrés años de edad, el sogamoseño Temístocles Avella Mendoza (1841-1914), prolífico autor costumbrista, así como poeta e historiador, cuyo nombre ha sido olvidado en los anales literarios, pero que gozó del aprecio y amistad de los Pombos, Vergaras y Carrasquillas que hicieron las letras de su tiempo.

El prólogo de Vicente Pérez Silva nos señala varias particularidades históricas, de interés para quienes hemos seguido con atención la aventura que narró Morales Pradilla. Nos cuenta, por ejemplo, que en la realidad el asesino de Jorge Voto, personaje central de la novela, fue don Pedro Bravo de Guzmán y no don Pedro Bravo de Rivera, “noble capitán”, al decir de don Juan de Castellanos, y quien fuera tan sólo padre del primero. Por otra parte, el historiador Ulises Rojas (*Corregidores y justicias mayores de Tunja y su provincia desde la fundación de la ciudad hasta 1817*, Tunja, 1963), recordó —y Prós-

pero Morales no lo olvidó— que el apellido de Inés no era Hinojosa sino Manrique, según testimonio del corregidor Suárez de Villalobos, consignado en el Archivo General de Indias.

Los poetas no han dejado de cantar a Inés. Entre ellos Lucio Antonio Amaya Daza, Alfredo Gómez Jaime y Roberto Liévano, quien antes de recordar su “cuerpo voraz, péndulo de árbol legendario”, árbol que se perfila fantasmal, inquietante y anunciador de desgracias en el breve relato de Avella Mendoza, llamó a la célebre beldad

*Criolla de sangre cálida que a todas sobrepujas; Agripina, Cleopatra, fina Friné de Atenas.*



Enfática dispensa de elogios, acaso merecidos.

El argumento en Avella es análogo al del capítulo X de *El carnero* y, por supuesto, al de *Los pecados...* Todo el episodio parece ser más obra de la imaginación de Rodríguez Freile que una realidad histórica, no obstante un subfondo seguramente veraz, como en todos los relatos histórico-novelescos de *El carnero*, muchas de cuyas imprecisiones históricas fueron de antaño denunciadas por Miguel Aguilera en recordada edición crítica.

La versión de Avella es ingenua, casi anodina, carente de las menudencias que dan lustre a la novela de Morales Pradilla y de la picardía que da vida a las breves páginas de Rodríguez Freyle. La “gran candidez” que en Avella encontró Soto Aparicio se refleja en la ausencia absoluta de lubricidad latente o de francos episodios lujuriosos, condenados por los cánones de la época.

A lo que conjeturo, el muy dudoso mérito literario de estas breves páginas se explicó entonces gracias al desconocimiento casi total que se tenía de la hoy popular obra surgida de las entrañas mismas de la colonia. Su valor documental, en cambio, es notable para el estudio de la obra de Morales Pradilla. La comparación se impone, si no desde el punto de vista literario, al menos desde un enfoque argumental. Siendo en esencia la misma historia, Avella Mendoza consigna algunas cuando menos curiosas variantes, que hacen de su creación una especie de libreto operístico que habría sido probablemente muy del gusto de un Verdi o de un Donizetti, pero que como novela es hoy francamente anacrónica. Intentaré reseñar algunas de sus mudanzas.

Cabe señalar, en primer término, la presencia de un secreto vengador desconocido en las otras versiones, don Juan de Avila, hijo del primer Pedro, don Pedro de Avila, la víctima de Carora, quien va a manejar los hilos de la trama por medio de Pedro de Hungría, el segundo Pedro, una especie de sombra sigilosa, brazo armado del vengador misterioso. Un joven anónimo descubrirá en Carora el cadáver de Pedro de Avila y prometerá a don Juan hacer castigar un día el nefando crimen. Ese joven no es otro que don Andrés Díaz Venero de Leyva, futuro presidente de la Nueva Granada. Don Juan de Avila ama a Juanita de Hinojosa, sobrina de Inés. Si no Avella, los tunjanos de su relato creen a Juana, hermosa joven de quince años, hija de Inés, pues se apellida Voto, como el esposo de la Hinojosa, mestiza de treinta y cinco que lleva “la sonrisa infernal de Catalina de Medicis”.

El escrupuloso Hernán Bravo es un pobre huérfano, criado en casa de Pedro Bravo de Rivera, el tercer Pedro, razón por la cual ha tomado su apellido. Sólo los liga una amistad íntima, mas no lazos de familia. Jorge Voto es asesinado, pero llega aún con vida a presencia de la malvada Inés; antes de expirar, la llama “mujer infernal” y le presagia, en el mejor gusto decimonónico, un fin trágico e irrevocable. A poco de cometido el crimen, y como por arte de encanta-

miento, aparece de nuevo Venero de Leyva, salvando en un instante las veintidós leguas que separan a Santafé de Tunja. Unas vez muertos los principales criminales, Hernán Bravo se arroja a la hoguera en que éstos habrán de ser incinerados, mientras que la pequeña Juana desaparece, al igual que en las otras versiones, pero lo hace en brazos de Pedro de Hungría.

Los ecos románticos no podían faltar, Juan de Avila, ya vengado, regresa a Carora para suicidarse sobre la tumba de su padre. Un espíritu surge del fondo del sepulcro, cual estatua del comendador, y habla a don Juan con la voz que Hamlet debió escuchar de labios del fantasma de su padre asesinado. Finalmente, para disolver la trama en final feliz, el espectro le grita: "¡Juan de Avila, vivid!". La aparición no es sino el propio Pedro de Hungría, ligado fielmente y por una misteriosa relación a don Juan, a quien entrega a su amada Juana. El resto será el manido lugar común que no necesitamos imaginar. ¿Se casarían y vivirían muy felices?

LUIS H. ARISTIZABAL

## Larga lectura ha sido

**Largo ha sido este día**  
José Manuel Crespo,  
Editorial Plaza y Janés, Bogotá, 1987,  
244 págs.

*Largo ha sido este día* — título muy bien puesto — es una novela sin historia para contar, ni protagonistas con caracteres inventados, ni un principio, ni un final, ni un hilo que nos arrastre tras las páginas. Consta de seis partes numeradas con romanos y con epígrafes, todos de Scott Fitzgerald.

Es un recuerdo del narrador, es nostalgia. Ocurre durante esa hora de la caída del sol cuando comienza la noche, lo cuenta en primera persona, ha regresado a Ciénaga, "esa tierra donde la gente se imaginaba las desgracias para evitar que sucedieran" (pág. 211). El, el protagonista, recorre la casa donde vivió, lo que queda de ella, observa los helechos y los tamarindos del patio, luego se va a las calles, a la ciudad, a las playas, al mar. Vienen encadenados los recuerdos: infancia, adolescencia, memoria. "Mi memoria (mi memoria es más vieja que los primeros helechos y anterior a los dioses de la lujuria y del vino)" (pág. 64).

Utiliza un recurso, alguien cuenta: el padre, la madre, la india Marina, o son las interminables charlas entre el abuelo y Alejandro Amarales o Armando Reverón; o una mujer cuenta que otra cuenta que un varón cuenta historias de héroes, de guerras, odios y violencia, sin tiempo y con espacio: Ciénaga, que a veces es Aldea Grande. "Mariana Campo contaba que Luisa Riascos relataba que su padre le había oído recordar al negro Laches ese miércoles de ceniza en que un hombre cubierto con una túnica andrajosa se apareció en la Calle de las acacias precedido por tres niños que llevaban una cruz de madera burda y dos espigas y algo como un susurro de temor que se fue propagando por el aire quieto..." (pág. 213).



Así es toda la novela, abrir en cualquier página y leer en cualquier orden, devolverse o adelantarse. Es toda prosa poética, donde resulta

difícil encontrar un punto seguido o un punto y aparte para respirar. José Manuel Crespo es un fabricante de frases bonitas, es un enamorado de las metáforas y las coloca en sucesión una tras otra como una golosina que empalaga. "Uno no comprendía. Pero algo iba empezando a comprenderse en uno cuando los espíritus escondidos en la música y la luz se soltaban y la angustia de los pájaros nocturnos se materializaba en esa hora profunda que fluía configurando un espacio virginal en que las cosas parecían esperar que nosotros les pusieramos nombres y todo se quedaba en esa calma estremecida y de sabor oscuro en la que sólo un soplo brisa separaba los sueños de la muerte «era como si la tierra fuera una frágil cáscara de huevo» y de las ansiedades que se iban liberando un dolor y un desarraigo que habían trascendido para siempre las lindes en que podían recuperarse los recuerdos" (pág. 132).

Es canto a la naturaleza a lo largo de un atardecer, poemas a la luz, a la mar oceánica, a Ciénaga, presencia permanente de olores, sabores y colores, de magia, mucha magia repetida y repetida, la magia del Caribe que el autor va poniendo en boca de cualquiera. "Ciénaga estaba llena de mujeres que creían que las mandrágoras nacían del semen de los ahorcados, de gitanos expertos en robarse las gallinas y los cerdos luego de adormecerlos con misteriosos bebedizos, de brujos que paraban los relojes en el minuto exacto que marcaban cuando alguien expiraba y enseguida desprendían una teja del techo para que el alma del difunto no quedara encerrada, de monjas que decían que el rey David no había seducido a la mujer de Nabal con regalitos sino con un pocillo de café cerrero..." (pág. 149).

De voz en voz el autor va narrando hechos envueltos en velos fantásticos; el caudillo que agradece con un breve discurso que desborda las proporciones una medalla de oro con la que ha sido condecorado por los notables de Ciénaga: "Pero a mí nadie viene a manotearme en la cara. A esa gente de lengua disfrazada les digo que mi vida es una casa de cristal y que si quieren ponerme fuera de la